

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

APARECE LOS DOMINGOS

REDACCION ANÓNIMA

ADMINISTRACION: AYACUCHO 800

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, ABRIL 6 DE 1884

REDACCION

MANIFESTACIONES POPULARES

Somos así, está en nuestra naturaleza serlo. El ruido nos atrae, como la luz á la mariposa errante. La mariposa concluye por quemarse las alas en la llama; nosotros concluimos por quemar lo sublime en lo ridículo.

Cuando los diarios de Buenos Aires publican las cifras de los concurrentes á una manifestacion popular, cifras enormes, de cientos y de miles, el lector sensato pone en duda tal éxito, y lo atribuye á las exageraciones del diarista, que vé las cosas con vidrio de aumento, porque así le conviene para tener pretesto con qué llenar una ó dos columnas, haciendo de ellas el *plato del dia* para el público ávido de curiosidad.

¿Qué interés puede haber aglomerado una concurrencia tan grande? se pregunta. ¿Buscaban la solución de un gran problema social ó político? ¿Se habria descubierto acaso la cuadratura del círculo, ó alguna mina cuyos tesoros iban á ser repartidos?

Nada de eso. Generalmente, las manifestaciones populares suelen carecer de objeto. Llega un momento dado; se descubre un pretesto, y ¡zas! músicas, proclamas, cohetes y banderas!

¿Porqué? Por nada. No se sabe; la mayor parte de los mismos manifestantes lo ignoran.

Y eso, en proporciones menores, sucede cada dia en cada boca-calle. Cuatro ó cinco personas se detienen frente á los escaparates de cualquier tienda ó almacén ó joyería.

Y llegan otros y se detienen tambien; ¿porqué no han de ver ellos lo que ven los demás?

Y nuevas jentes pasan y se unen á las

Pero estas últimas ya no saben, ya no pueden saber lo que están viendo los demás. Les es imposible; están muy lejos. Estiran el pescuezo, se levantan sobre las puntas de los piés, y nada! No se vé!

—¿Qué hay? pregunta alguien al que tiene á su lado.

—No sé. Es lo que trato de averiguar.

Otros se preguntan con una mirada; pero la mayor parte de ellos están á oscuras de lo que se trata.

Llega el momento en que los primeros que se detuvieron, se fastidian y se vá. Los que vinieron despues ven llegada la hora de satisfacer su curiosidad:

—¿Qué hay?

—Una muñeca que baila!

A veces es la elocuencia de un tribuno popular lo que arrastra una manifestacion.

—Hablará fulano! Es un orador de primera fuerza. Yo no dejo de ir.

—Yo tampoco.

—Yo menos.

Aquí, siquiera saben á qué van.

Pero el tribuno popular es....un tribuno popular: un estuche de frases, de *clichés*, como las llaman los del oficio. *La elocuencia de los hechos, la noche de los tiempos, la bandera de la libertad, la ola popular, la gran república universal*, y otros comodines, que ligan con pasmosa facilidad, ideas sin parentesco, palabras sin sentido, salen de los labios trémulos del orador, mientras que los brazos se mueven en todos sentidos, como si tratasen de grabar en los aires alguna inscripcion egipcia.

La oratoria del tribuno popular es una banda de música, pero una banda lisa, de clarines y tambores, y nada mas. Despues de oirla sabe el auditorio, tanto como antes, á qué fué á la manifestacion.

Encerremos en un paréntesis las manifestaciones políticas, porque todos sabemos ya como se fabrica el elemento popular.

Es tiempo de que se reflexione lo que se hace. Que sean una idea y no una farsa las

sepa á qué y porqué vá; que, los que dirijen los movimientos del pueblo, no paren rodeo con tanta frecuencia.

SUETOS

La Municipalidad ha rechazado una propuesta que le habia sido presentada por D. Diego Saavedra y C^a. para que enagenara la loteria de la Capital.

Ha obrado cuerdamente. Obrar cuerdamente no tendria nada de particular, pero como, generalmente, *se acierta en desuacertar*, la actitud de la Municipalidad es digna de elogio.

Nosotros no podemos decir: «Ha cumplido su deber, y en eso no hay nada de notable.» Debemos decir: «No ha dejado de cumplir con lo que convenia, y eso es lo que tenemos que agradecerle.»

La propuesta tenia perspectivas halagadoras: un veinte por ciento de aumento sobre las utilidades actuales. Era muy fácil dejarse engañar.

Pero, antes que un veinte por ciento de aumento en las utilidades que la loteria produce á la Municipalidad, estaba la moral pública, que, indudablemente correria peligro, si se dejase el juego en manos de empresas particulares que pudieran darle proporciones alarmantes.

Además, la loteria no es sino una explotación.

Se puede permitir que la Municipalidad esploté la codicia del Municipio en pró de la beneficencia pública, pero seria intolerable una explotación de particulares.

Aplaudimos la resolución municipal.

Se habla de un próximo viaje del Dr. Avellaneda á Europa. Irá con Rawson ó con el Dr. Astigueta, quienes le prestarán durante el viaje los cuidados que requiere el delicado estado de salud del ex-Presidente.

Quisiéramos verle volver rejuvenecido y

pública, y sobre todo en la vida de pensador profundo, de escritor insuperable.

Su ausencia será una pérdida para los que esperábamos la aparición sucesiva de los libros que tiene preparados ó en preparación para dar á publicidad.

Hacemos votos porque su restablecimiento sea rápido y completo: la patria lo requiere, y sus amigos lo desean de todo corazón.

Suelen hacerse cosas tan ridículas en estas tierras que, si por ellas fuese á juzgarse de la cultura y adelanto intelectual del país, no quedaríamos bien parados.

Afortunadamente, un viajero inteligente no hace responsable á la colectividad de una imbecilidad individual, que hombres de poco tino y menos seso, los hay aquí, como en Italia, como en Francia.

Una de esas sandeces que caen como bombas, fué lanzada por boca de un señor español en la falúa en que desembarcaba Ed. de Amicis.

Se hablaba poco en esos momentos. Una que otra palabra se cruzaba entre el viajero y sus acompañantes. De pronto, una voz íspira se levanta, y esclama:

—Sr. *Danichis!* señor *Damachis!* Cuando escriba *usté* su libro sobre *estos paíse*, haga constar un pisotón que me acaba de dar.

Y uniendo el gesto á la acción levantaba una pata al aire, poniéndola casi por las varices del distinguido viajero.

Un sudor frío corrió por el rostro de los acompañantes. El patán, satisfecho, se acomodó mejor que pudo en el asiento.

Disfrazado de león, el burro del molinero mostraba la oreja.

El Dr. Obligado, Juez Correccional, continúa, con sus primitivos bríos, una persecución decidida á los duelistas. Quiere que los habitantes de esta muy noble ciudad de Buenos Aires no *pelen la chala* de buenas á primeras, y resuelvan el honor á tajos:

La mayor parte de los diarios han publicado la sentencia de ese Juez, dada al término de la información sumaria levantada con motivo del duelo Bedoya-Moritan.

Nos ponemos del lado del Dr. Obligado, que trata de estirpar la monomanía del duelo, que es una enfermedad social, como el suicidio, como tantas otras.

Y ahora ¡á que no se mojan la oreja! Lo malo es que todas las pesquisas son infructuosas, que los duelos se realizan mal que le pese á todo el mundo, que nadie

resucita al muerto, ni aprehende al matador.

UN VELORIO EN BARRACAS

ESCENAS DE UN PUEBLO DE CAMPO

—¿Me acompañas? me preguntó mi amigo. La pobre mujer ha muerto en medio de la miseria más espantosa, y el desgraciado hogar ha perdido cuanto poseía en el mundo: el amor de una madre.

—Te acompañaré, le respondí. Seré testigo mudo de una noche de tristeza, y creeré consolar á los desgraciados huérfanos sufriendo su mismo dolor.

La noche era fría y lluviosa. Un viento helado agitaba las copas sombrías de los árboles. Los álamos altos, los eucaliptus gigantes, transformados en cipreses por la lóbreguez de las tinieblas y de los pensamientos, que cruzaban nuestra frente, parecían velar á las puertas de la ciudad fúnebre, como centinelas melancólicos de la muerte.

Atravesamos los callejones oscuros, iluminados de distancia en distancia por la luz amarillenta de los faroles de aceite; silenciosos viajeros de la noche, no escuchábamos más ruido que el del monótono golpear de nuestros piés en los charcos formados sobre las aceras de ladrillos destrozados.

—Aquí es! dijo mi amigo, deteniéndose ante una puerta pequeña. Cedió esta á un leve empuje, y penetramos.

Sobre una mesa cubierta con un paño negro se había colocado el féretro. A su alrededor cuatro gruesos cirios, ornados en su base con un lazo de crespon, iluminaban el pálido y desenchajado rostro de la muerta, flaco, consumido por la lucha constante.

Allí mismo, sobre esa misma mesa en que gozabas tu primer reposo, algunos días antes, rodeada de sus hijos pequeños, aún les repartía el pan del hogar, con el lábio sonriente y el corazón lleno de ternezas.

Una imagen destruida por los años, colocada sobre una cómoda antigua, sostenida en sus brazos un Niño-Dios. A sus costados, dos grandes floreros de loza, ostentaban palmas benditas y algunas de las últimas flores de los jardines diezmados ya por el otoño.

El féretro estaba rodeado de sillas recostadas junto á las paredes, y en ellas se sentaban algunos vecinos y relaciones de la familia.

Penetré con el corazón oprimido. Hubiérase dicho que la noche caía sobre mi alma infundiéndole el pavor de las tinieblas. Detúveme un instante de pié junto al féretro, y, conteniendo un sollozo, sentéme poseído de mil dolorosos recuerdos.

Mi amigo, menos preocupado que yo, encontró asiento entre un grupo de jóvenes, no tardó en empezar el cuchicheo, las risitas comprimidas, los cuertos referidos en voz baja, los galanteos, todo cuanto puede pensarse y decirse en plena luz de un día festivo, dando libertad y alegría á los corazones.

¡Qué! pensé yo ¿estas jóvenes no tienen madre? ¿si la han perdido, no recuerdan el día en que la vieron por última vez desapareciendo entre las paredes estrechas de un ataúd?

—A ver! exclamó una de ellas. Si seguimos así pronto nos quedaremos dormidas, y no es cuestión de dormirse. El que sepa un juego que lo diga.

—Al *almacenero*, dijo otra.

—Al *gran bonete*, á *domar el potro*, prorrumpieron varias voces á un tiempo.

Un minuto después, creyendo encontrarme dominado por una pesadilla, escuchaba repetirse en mis oídos el estribillo monótono:

—Azúcar!

—Señor!

—Ese asiento quiero yo.

—Si lo quiere *tomeló*.

—Fideos!

—Señor.

—Ese asiento quiero yo.

—Si lo quiere *tomeló*.

—Aguardiente.

—Prenda! Prenda! Pague prenda! No contestó.

—Tome esta flor!

Y la risa continuaba:

A veces, en un momento de silencio, se oían partir de la pieza contigua, dolorosos gemidos. El padre lloraba abrazando á sus hijos.

—Recemos un rosario, dijo una viejita que había estado pescando sueño en un rincón, acurrucada de frío y que sólo abría la boca para ponderar la bondad de la muerta.

Todos se arrodillaron, y la anciana comenzó á rezar letanías en latín. Al llegar á este punto, hasta un asno hubiera perdido su gravedad habitual. Sentí tentaciones irresistibles de soltar una carcajada tra

menda. Ya no podia mas. Me retiré, y en medio del patio, soportando el viento húmedo y frio, pugnaba por ahogar esa risa maldita y profana.

Pronto el mate corrió de mano en mano y de boca en boca. Las *mamás* volvieron á sus asientos y las muchachas á sus juegos.

—A los novios! dijo una.

—A los novios! respondieron todas.

—¿Cómo es? preguntaron algunos.

—Vd. es la novia, Vd. es el novio, Vd. es el cura y Vd. el sacristan. Cuando yo nombre de á pares, tienen que levantarse los que nombre.

—Pare el coche, que no le entiendo! dijo uno que dirigia un vehículo de tramway.

Poco despues, en medio de risas y ¡pague prenda! se oía:

¡El novio y la novia!

¡El sacristan y el novio!

¡La novia y el cura!

¡El cura y el novio!

—A *domar el potro!* dijo el cochero de tramway.

—Es un juego muy gracioso, agregó la mayor de las muchachas, que se habia encontrado ya en muchos velorios. Vamos, á no dormirnos! *A domar el potro!*

Trajeron una botella y la acostaron en el suelo. El *domador* se sentaba sobre ella, colocándola en la direccion de las piernas, con el talon de un pié apoyado sobre la punta del otro, y, manteniendo el equilibrio, procuraba encender en la llama de una vela, que tenia en una mano, la apagada de la otra.

La posicion era difícil, y al ir á lograr su objeto, se perdía casi inevitablemente el equilibrio y el *domador* daba un tremendo puñetazo forzosó sobre los ladrillos rotos del pavimento.

A la madrugada el mate se *enteraba* con bizcochos y pan caliente, y muchos de los tertulianos volvian á sus trabajos de la *víspera* con el ánimo de siempre.

Algunas horas mas tarde nos encaminá-bamos al cementerio.

Allí alzamos el féretro y le condujimos á la fosa. El sepulturero marchaba adelante con la pala al hombro.

Doblamos por una calle, despues por otra, hasta que llegamos al sitio en que la tierra hambrienta esperaba su víctima.

Un fuerte aguacero cayó sobre nuestras cabezas descubiertas, en el momento de dar el último adiós á aquella muerta.

El cielo ha querido llorar tambien! decia la voz de las preocupaciones en el fondo del corazon.

Ya nos alejábamos, y el mas pequeño de los hijos, niño de seis años, aún arrojaba á manos llenas un poco mas de tierra sobre la que cubria á la madre, como si intentase, en su inocencia, corresponder al cariño que le profesaba.

NOCTURNO

Rozó un suspiro al corazon sin vida,
frias cenizas esparciendo al aire,
y amor de vírjen reanimó en su fondo
fúlgida llama.

La dulce copa de las ricas mieles
llegó á mis lábios, desbordante y trémula,
Tántalo ansioso, saboreé la dicha,
rápida onda.

De hermosos sueños elevé un palacio,
sus altas torres coroné de estrellas,
y sentí el pecho estremecido hincharse,
ébrio de gozo.

Soñé que amado respiraba y libre
soplos del cielo, perfumadas auras,
y que en el libro de mi vida abria
páginas de oro.

Soñé que un sér al descubrir la pena,
de mi tristeza torcedor secreto,
daba á esta sed que me devora el alma
fresco rocío.

Soñé que alzaba del pasado oscuro,
con nueva vida, con vigor extraño,
esa esperanza de esperar, perdida
¡ay! para siempre!

Sólo era un sueño! que jamás su oído
vaso será do apasionado vierta,
en tierna frase, mi febril anhelo,
todas mis ánsias!

Todo el amor que en sus entrañas guarda,
como un avaro, el corazon inquieto;
que sólo al ritmo de la lira asoma,
nunca á mi lábio!

Sólo era un sueño! que jamás sus ojos,
astros do el alma resplandece y brilla,
serán, vertiendo luminosos rayos,
Luz de los míos!

Jamás mis sueños alzarán sus sueños,
ni cual tropel de juguetones pájaros

nuestros deseos buscarán unidos
brisas y flores!

Nó!—que al hallar de nuestro eden las
[verjas,
al abrazarlas, de esperanza henchido,
cerradas, ay! mi corazon hallólas,—
y llamé en vano!

Angel de fuego señaló mi senda,
senda de olvido en tenebrosa noche;—
le dí el adiós, y me alejé vertiendo
lágrimas tristes!

Oh, tú!—el ángel de las blancas alas
á cuyo amparo soñador sentíme,—
sé siempre pura la vestal que guarde
fuego sagrado!

No manche nunca tu inocencia el soplo
que agita y turba, que corrompe y mata,
ni tras la imágen del placer persigas
falsas quimeras!

Entre el tumulto de las gruesas olas,
mientras en torno la borrasca pase,
pura, entre el cieno que envenene el
[mundo,
sé tú la perla!

Sé como el ave que en el cielo eleva
níveo plumaje, respirando aromas,
mientras le acecha entre la verde planta
sierpe maldita! . . .

Y entonces siempre de bondad sublime
tú llenarás mi corazon vacío,
sin sospechar cuánta pasion le viertes,
cuánta dulzura!

Sin sospechar que el pensamiento mio,—
ojo invisible, vagabundo, errante,
cuando en el lecho te sorprende el sueño,
vela y te mira.

Sin sospechar que con tus rizos juega,
besa tu frente, la acaricia y pasa;
y que en la flor de tu mejilla espira,—
dulce suspiro!

Que soy un ave desterrada y triste,
y que con ala fatigada y débil,
soñando el rayo que preságie el dia
cruzo la noche!

GASPAR.

SUEÑO Y REALIDAD

Era una noche tempestuosa y siniestra. Las nubes volaban rápidas en el espacio, y en mil cambiantes trocábanse, ora en enhiestas montañas, ora en una columna dilatadísima, semejante á un ejército que avanzase formidable, amenazador, al lúgubre son de los vientos que se estrechocaban en las altas regiones de la atmósfera...

El águila rugía; desprendíanse los penascos desde los nevados picos hasta el pie de la montaña que, ante ese cuadro, parecía conmoverse por su base.

Un arroyo allá distante, despeñándose y serpeando por entre las escarpadas rocas, llevaba sus olas agitadas y coronadas de blanca espuma, á la inmensa llanura, por donde discurría luego mansamente, produciendo un sordo rumor. Entre tanto, al precipitarse en cataratas en los abismos, producía un estruendo aterrador, que sobre cogía el alma, llenándola de horror y de espanto.

El destemplado graznido del buitre, y el grito triste y lastimero del buho daban aunar á esas soledades un aspecto de muerte y desolación.

Pero, de súbito, un acento prolongado y triste hirió mis oídos...

Seguí, por entre breñas y zarzas, un angosto sendero.

El silbido del viento que soplaba con violencia, y el cruir de los árboles que se desgajaban, me hacían retroceder en mi camino, con el corazón helado de espanto.

Llegué á la cúspide de la áspera montaña, y ¡oh, sorpresa!... el ríco vendabal trocóse de pronto en blanda brisa; el ruido atronador de las cascadas, en acentos lejanos y ténues; el grito imponente del buho, en las sentidas quejas de una tórtola; la noche lóbrega, en noche azulada y trasparente...

Permanecí como insensible, como agobiado por la magia del encanto, cuando una melodía suave, tierna, melancólica, vino á sacarme de esa especie de sopor en que parecía estar sumido...

¡Oh! sonó el primer acorde, brillante, magnífico, encantador!

Era un ángel!... era ella, que ejecutaba un nocturno hermoso, sublime, como una música celeste, un algo indecible, como las manifestaciones de un corazón que ama, como un delirio, como un éxtasis, interpretados por esa música arrebatadora que sur-

gía misteriosamente por entre las sombras de la noche!

Aquí cesó el desorden de mi imaginación, ya cansada de vagar por maravillosas regiones, y entreabriendo lánguido los párpados, probé lo amargo de la realidad.

Algunas lágrimas asomaron entonces á mis ojos; mas temiendo evaporarse en el fuego de ellos, tornaron al corazón, en donde habían nacido.

¡Ay! cuántas lágrimas como esas, corazón mio, encierras aprisionadas!... cuántas lágrimas puras, no sorprendidas por la mirada del mundo!...

Luego que se hubo desligado mi alma de las reminiscencias del pasado y las fantasías del sueño que acababa de tener, se agolparon á la mente mil dulces escenas, á la vez que negros desengaños.

En tal estado, soñaba aún, pero despierto; aún creía oír resonar las sublimes encantadas notas del nocturno que había oído un momento antes tocar á un ángel.

Y ¿quién no habrá oído, cuando la felicidad colma el corazón de indecibles éxtasis, de encanto arrobador, una armonía vaga, incierta, pero tierna y conmovedora como un coro de ángeles, ó como el ténue susurrar del céfiro en una noche de estío?

¡Oh! cuántas veces te he imaginado, visión adorada, con tus negros ojos y tus encendidos labios entreabiertos, sonrientes y temblorosos, cual si fueras á hablar y á decirme *te amo!*...

¡Cuántas veces, al morir el día, he creído hallarte en mis paseos solitarios! y cuántas veces también me he engañado, creyendo oír tu voz resonar en el bosque, al oír los suaves gorgoros de un ruiseñor!...

Siempre tú, Malvina... Por qué has herido tan hondamente mi corazón enamorado? ¿por qué le persigues y le destrozas?

Tú no me amas, bien lo sé. Pero aún cuando todo desaparezca: el bosque, la onda, el céfiro y las flores, tú vivirás eternamente en mi corazón!

GUILLERMO PENE.

EN EL TORRENTE

POESÍA DE ED. DE AMICIS

Calla el hermoso valle solitario, cuando de pronto en aquella paz inmensa, se oye un grito: Un niño al agua!

Las gentes de los alrededores corren, y una madre delirante lanza á los aires la exclamación horrenda: salvad á mi hijo!

Ansiosa la multitud asoma en las verdes playas, descendiendo, se amontona, se confunde, é invoca á Cristo y á los santos y llena de lágrimas el cielo.

Y, entretanto, arrastrado por las aguas turbulentas y airadas, huye el mísero niño y gritando, se aleja, tiende en vano los brazos.

Y llegan nuevas gentes, gritan, se apresuran, y aferran á la desventurada madre, que, loca y moribunda, se quiere arrojar al agua.

Cuando, de pronto, llega allí desde una roca, un muchachito descamisado y descalzo, y franco, y resuelto, pregunta: ¿Quién ha caído?

—Carlos! Tu compañero! Eres nadador! grita la multitud—sálvalo que muere. Pero grita inútilmente: él está ya en el torrente.

Nada, se sumerge, vuelve á aparecer, se detiene, se ensangrienta la cabeza en las piedras; se agarra de un arbusto, y el arbusto se quiebra.

Vence después al agua, se hunde otra vez, vuelve á aparecer, se lanza, corta la onda, y con trémula mano aferra al niño moribundo.

Un grito inmenso se desprende de la orilla; ese grito inmenso aviva sus fuerzas, choca con una piedra, se precipita al fondo, eurojece la onda, vuelve á flotar, vá, se agita, gira, vigorizado por el valor y la ira, y clavada la mano al pie de un aliso, trepa á la orilla, ensangrientado y jadeante, diciendo con aire de satisfacción: Aquí está sano y salvo!

La multitud bendice al salvador, le rodea, le besa, le estrecha contra su corazón, y después le dice: Pide lo que quieras!

Y él, quedando un momento pensativo, mostró la punta de un tubo negro, y dijo: dadme una pipada de tabaco!

ARCO-IRIS

Se cuenta del Dr. Avellaneda que, estando en el salón de una viuda millonaria, rodeado por un círculo de damas y caballeros, se le preguntó qué opinaba acerca de lo que debía ser la mujer.

El interpelado, haciendo gala de la magnificencia de su ingenio, dijo:

Las mujeres deben ser como el sol, porque dá vida; pero no deben ser como el sol, porque tiene manchas.

Deben parecerse á la luna, que es la compañera inseparable de la tierra; pero no

deben parecerse á la luna, porque tiene muchas caras.

Deben ser como los globos, que suben al cielo; pero no deben ser como los globos, porque no se les puede dar direccion.

Deben ser como las obleas, porque sirven para guardar los secretos; pero no deben ser como las obleas, que andan en lenguas de todo el mundo.

Deben ser como el vidrio, que no encubre nada de lo que tiene dentro; pero no deben ser como el vidrio, porque es muy frágil.

Deben ser como los espejos, porque dicen siempre las verdades; pero no deben ser como los espejos, porque no todas las verdades se pueden decir.

Deben ser como la arena, que es sutil; pero no deben ser como la arena que no puede servir de base para edificios durables.

Deben parecerse al vino, que está lleno de espíritu; pero no deben parecerse al vino, que trastorna el juicio de las gentes.

Deben cultivar la lectura, porque recrea el espíritu; pero no deben cultivar la lectura, porque casi siempre escogen novelas que les echan á perder el gusto y les estragan las costumbres.

El entusiasmo de algunos compatriotas de De Amicis llegó á su colmo el día de la llegada del ilustre viajero.

Se cuenta de algunos que llegaron á besarle el saco, pidiéndole permiso y sin esperar á que se le diera.

Un marinero, que le habia dado la mano, la mostraba con orgullo á sus compañeros, diciendo, ébrio de gozo:

—Esta! está misma! Yo se la dí, y me la apretó.

Entretanto vagaban por el muelle algunos infelices curiosos que no sabian á qué habian ido.

De boca de ellos, pescamos este diálogo:

—¿Quién es Damiquis?

—Aquell!

—Sí; pero qué hace? ¿en qué se ocupa?...

—Es general en jefe de los italianos, sobrino del rey é hijo de la reina.

—Ah! exclamó el curioso satisfecho, y volvió á mirar á De Amicis con un respeto de Viérnes Santo.

Un reporter nos ha presentado el siguiente diálogo, recogido al pasar cerca de un confesonario de la Catedral.

—Bien podias mandar decir algunas mi-

sas por el alma de tu difunto, decia el cura á una viuda de fortuna.

—Para qué, padre? Si está en el cielo no las necesita, y si está en el infierno ya no hay misas que lo saquen de allí.

—Puede estar en el purgatorio.

—Entonces, allí le dejo; bien merecido lo tiene por la vida de perros que me ha dado.

El Dr. Wilde comparaba una vez los cuentos á esos guisos en que la salsa hace pasar la flaca tajada de carne.

«Los mejores cuentos, añadía, son los mejor contados.»

D. José Tomás Guido tiene vivísimos deseos de presentarse á concurso en algunos Juegos Florales, y clama por los temas en prosa, pues el cielo solo deparó su hermano Carlos á las caricias de las nueve vírgenes del Helicon.

Guido suele encontrarse con nuestro reporter Alejandro V. Montiel, quien nos refiere el siguiente diálogo que tuvo con el viejo escritor:

—Dígame, señor Montiel! en los Juegos Florales del Rosario, hubo temas en prosa?

—Creo que sí, señor.

—No lo supe!

La conversacion cambia en ese momento. Se habla del fango de las calles, del viaje de Sarmiento, de La Plata, etc.

Sigue un momento de silencio, despues del cual Guido vuelve á preguntar:

—Dígame, señor Montiel! en los Juegos Florales del Uruguay, hubo temas en prosa?

—No sé, señor!

Vuelve la conversacion á tomar otro rumbo. Despues de agotados algunos temas, el galano literato, se revuelve el índice en la frente como para escarbar un recuerdo, una idea, y pregunta nuevamente:

—Dígame, Sr. Montiel! Sabe vd. si en los próximos juegos florales de Buenos Aires, habrá temas en prosa?

—Sí, señor.

Guido, que estuvo en la recepcion de De Amicis en Montevideo, siguiendo las costumbres italianas, sella con un beso la pálida frente de Montiel, en señal de regocijo.

—Admiremos á la Providencia—decia un tonto—que ha puesto los grandes rios al pié de las graudes poblaciones!

En un conventillo de la Seccion 5ª de Policia, se encontró ahorcado, en la mañana

de ayer, un sujeto español, llamado Diego Garcia.

—¿Porqué?

—Era avaro y habia soñado que habia hecho un gesto inútil.

En cambio, un compañero suyo, Domingo Mellado, que tenia verdadera necesidad de ahorcarse, suspendió su muerte por no comprar cuerda,—lo que consideraba tambien un gasto inútil.

UN AMOR TRANSITORIO

(Continuacion)

Durante su delirio tuvo una vision ¿Quién amando no ha tenido visiones? En medio de una nube apareció Susana coronada de rosas, pero blanca, inmóvil, pálida como una estatua. Una música suave, fluida, melodiosa, música que nada tenia de terrestre, embriagó sus sentidos y lo predispuso al goce de las mas plácidas sensaciones. La figura se agitó como movida por un resorte, y acercándose á Luis se inclinó hácia él de modo que sus cabellos tocaron su cara, y sus lábios pasaron rozando los suyos. El mismo inefable deleite que en la noche del temblor en la posada, sintió ahora, y tendiendo sus brazos, quiso estrechar contra su pecho ese cuerpo divino que la casualidad entonces puso en su poder; pero la sombra resbaló de sus manos, y con voz apagada como éco lejano, cantó, mientras poco á poco iba desapareciendo:

Adios, adios; ya la luna

Con su luz va disipando

Las tinieblas, mientras blando

Riza el viento la laguna

Dulcemente murmurando,

Murmurando... murmurando...

—Otro instante! exclamó Luis; pero al mismo tiempo, al lado de la figura de Susana, apareció D. Tránsito con la sonrisa del triunfo en los lábios, y tomándola de la mano, desapareció con ella.

VIII

Digna de ejemplo era la amistad de D. Rolando Fernandez con D. Tránsito. En primer lugar, la simpatía los habia ligado; despues, viendo que sus propios intereses estaban en conservarse en buena armonía, jamás el mas leve disgusto vino á turbar sus relaciones. D. Rolando no era de los mas afortunados; pero su amigo era rico y echaba muno de su bolsillo en toda circuns-

tancia y con la mayor confianza; D. Tránsito no era *caballero*, pero calculaba que viéndole el público ligado con un hombre como D. Rolando, que pasa por pertenecer á la familia de mas alto copete de Chile, habia necesariamente de guardarle consideraciones, aunque mas no fuera por respeto á su noble amigo.

Además, aquellos que no conocieran su estirpe, habian de pensar que era hombre de alta alcurnia, pues que trata de igual á igual á aquel que con tanto desprecio y desde tan alto mira á los que no tuvieron la suerte de nacer en mas elevada esfera. Por estas razones ambos se empeñaban en hacerse siempre los servicios que podian con el mayor desprendimiento, fijando, como hemos dicho, todo su interés en la sola conservacion de su amistad.

Quizá por la primera vez de su vida barrantó una verdad el magnífico D. Rolando, y esta era los deseos de casarse que tenia D. Tránsito. Conoció que su buen amigo llegaria al colmo de la felicidad encontrándole muger; y viendo la decidida inclinacion que mostraba por Susana, no perdonó medio alguno para conseguir la realizacion de un matrimonio que para ambos creia ventajoso. Lo principal era la voluntad de D^a. Fortunata, y con gran admiracion encontró D. Rolando una resistencia que no esperaba. Toda su persuasiva la empleó, pero inútilmente; la señora no queria consentir en que una persona de su familia se aliara con un Quiñones. Susana no ponía obstáculo alguno: D. Tránsito era rico y la haria por consiguiente feliz.

Con paciencia todo se consigue. Tanto empeño hizo D. Rolando, que al fin obtuvo de D^a. Fortunata que tomara consejo de las demás personas de su familia sobre lo que debia hacer en este asunto, no atreviéndose ella por sí sola á cargar con la responsabilidad de un hecho de tanta trascendencia. Del consejo resultó que:

El hombre y la muger nacen con la fatalidad de casarse.

La única divisa de la presente época es: dinero!

D. Tránsito Quiñones es rico.

Luego Susana debe casarse.

—Cuando yo me propongo conseguir una cosa, decia D. Rolando á D. Tránsito, la oposicion que me hagan es inútil. Contra mi pertinacia no hay obstáculos. Siempre me acordaré de Ordoñez; un dia me dijo, poco antes de la batalla de Maipú: ¡Alpujarras, hombre! . . .

—Ah! ya recuerdo, dijo D. Tránsito, que

ni por agradecimiento á la feliz noticia que le traia quiso escucharle su historia.

Entre las cartas que llevaba D. Pacífico cuando se volvió para su tierra habia una de Susana dirigida á una amiga suya, y en esta carta el siguiente párrafo:

«En una de mis anteriores te he hablado de un jóven llamado Luis C. que encontramos en el camino y con el que hicimos amistad. En los primeros dias hacia parte tambien de la tertulia de mi tia, pero hace como dos semanas á que no viene; segun creo está enfermo. Su falta no se hace notar; no es de los mas despiertos ni de los mas aventajados en figura ni en inteligencia, etc., etc.»

Descendia el sol con réjia pompa al horizonte alumbrando con sus últimos reflejos las nevadas crestas de los Andes. Era á fines de Octubre. Los calores del verano empezaban á sentirse ya, y con este motivo el paseo á la Alameda por la tarde se hacia de dia en dia más concurrido. Las bellas botaban los feos y pesados envoltorios de invierno para adoptar los leves, blancos y vaporosos trajes de verano, con los que muestran la desenvoltura y gracia de sus cuerpos, y los leones empezaban á coronar sus cabezas terribles con los plumizos castores.

Esa tarde un jóven pálido, flaco, estenuado y con la barba crecida, vino á pasearse á la Alameda. Era Luis. Despues de cerca de mes y medio de enfermedad salia por la primera vez. La permanente agitacion moral en que estuvo durante ese tiempo, fué causa de que se prolongara un mal que en cualquiera otra circunstancia habria sido insignificante. Todo además contribuyó al empeoramiento de su salud; despues de la noticia que le dió D. Juan y que tanta impresion le hizo, vino el mismo D. Tránsito en persona lleno de júbilo á darle parte de su próximo matrimonio. Perdida ya con esto completamente la esperanza, hizo un esfuerzo supremo de voluntad para olvidar su amor, y empezó, aunque bien despacio, su mejoría.

Si el paseo de la Alameda hubiera estado como en otoño cubierto por las amarillas hojas caidas de los álamos, se habria podido tomar á Luis, que caminaba lentamente, por el jóven enfermo de Millevoey; pero la naturaleza parecia respirar alegría, y Luis trataba de poner en acorde su alma, por un momento desviada de su centro, con la risueña quietud que aparentemente reinaba en todo.

Era tal su debilidad, que el cansancio luego se apoderó de él y se vió obligado á sentarse en un sofá. Enfermo el cuerpo y el espíritu, naturalmente se dejó arrastrar por la melancolía, á la que nos entregamos con cierto placer cuando alguna pena ha herido nuestra alma; pasó entonces por su memoria el cuadro de su vida, los recuerdos se agolparon á su mente, y una lágrima triste y melancólica asomó á sus pupilas: se creyó predestinado á la infelicidad. Ah! todos creemos lo mismo cuando nos sucede una desgracia, por mas leve que sea.

En un rincón de su memoria, hablando como Zorrilla, encontró sobre un lecho de rosas adormecido el recuerdo de su infancia feliz. El resto de su vida, desde que sintió en sí una alma y un corazon, era una no interrumpida série de hermosos sueños jamás realizados, de aspiraciones sin fin y deseos nunca satisfechos. Esta inútil actividad de sus facultades habia sido alimentada por la esperanza. La existencia no es así nada mas que un tormento; es poseer un bien y no poderlo gozar, es sentir la vida y no vivir. Feliz el que no se cansa de esperar, y mas feliz aquel que, dando un puntapié á la falaz esperanza que nos señala un bien ilusorio, se agarra de la vida tal como la encuentra.

Apareció como estrella luminosa la figura de Susana y brotó el amor en su corazon. Creyó, por fin, haber llegado al tan ansiado término, y miró ya como un hecho la realizacion de las aspiraciones de su alma; pero todo pasó como un hermoso sueño, dejando sólo el recuerdo de una felicidad frustrada. Fué su amor como un soplo de la fresca brisa de la tarde que sólo deja en su pasaje algo de sus perfumes que consigo lleva.

Radiante de alegría y de ventura pasaron del brazo en ese instante D. Tránsito y Susana; el dia anterior se habian casado. Luis sintió como una conmocion eléctrica; luego, sin embargo, se serenó y se dijo para sí:

—¡Qué es, pues, la felicidad cuando se refugia en brazos de un D. Tránsito Quiñones! . . . Yo me habria creído feliz con una mirada de ella; yo que la divinizaba de tal suerte, que al verme formado de carne y huesos como todos los demás peregrinos de esta baja tierra, me pareció que en el caso de poseerla habria besado sólo la huella de sus piés temiendo profanarla si mi amor le tributaba otra especie de adoracion! . . . Y ahora, verla entregada á D. Tránsito! y lo que es mas, feliz! . . . O coloqué mal mi amor ó he vivido engañado hasta aquí creyendo en una felicidad que

no existe. De todos modos, lo mejor será echar el sentimiento á la espalda y seguir adelante nuestro camino por este valle de lágrimas.

Tres amigos que pasaban, al verlo sentado en el sofá vinieron á hablarle.

—Ya estás sano? dijo uno de ellos.

—Completamente.

—Pues entonces, es preciso que vengas con nosotros á Valparaiso.

—Con mucho gusto; nada tengo que hacer aquí.

—Nos divertiremos bastante, dijo el doctor V.

—Por esta noche, dijo otro de los jóvenes, nos acompañarás á una tertulia en casa de...

—Corriente.

—Yo, dijo el doctor V., no podré ir muy luego porque tengo un enfermo de gravedad, D. Juan Vidrioso, y aún no he dado con el mal.

—Yo se lo explicaré, doctor. ¿Vé V. esta pareja? dijo Luis señalando á D. Tránsito y Susana que volvian; pues bien, D. Juan está enfermo porque son felices.

—La niña es hermosa y elegante.

—¿No es verdad?... Amigos míos, dijo Luis, ¿hay algo que tenga mas atractivos que el blanco y vaporoso vestido de una mujer? ¿No es una nube llena de encantadores misterios?

—¡Feliz D. Tránsito que debe saberlo! dijo el doctor.

Luis se paró de su asiento y tomándose del brazo con el doctor, empezó á pasearse por la Alameda.

JOSÉ ANTONIO DONOSO.

LA MESA DE ENTRADAS

CUADRO DEL NATURAL

Son las doce. Las oficinas están abiertas. El empleado abre la ventanilla, dispone los libros, y se prepara.

La turba de *clientes* se precipita y alborota alrededor de aquella abertura, como las olas lo harian al pié de un peñasco.

¡Qué diversidad de tipos!

Hombres, mujeres, viejas, jóvenes; de todas las edades y de todas las clases sociales; de todos los climas y de todas las razas, pasan ante aquella ventanilla, como las figuras de una linterna mágica.

Cada uno de ellos tiene allí su *expediente*, parte de su propia vida. Vá á visitarlo diariamente, como una madre lo haria con su

hijo preso. Pregunta, vuelve á preguntar; exige á cada momento informes sobre su estado; todas sus aspiraciones están cifradas en él.

La víctima es el *empleado*; eso á que llaman *sanguijuela administrativa*, cuando, por el contrario, es el sirio en que se aplican las sanguijuelas á la administracion.

Cada *cliente* lo cree creado para su exclusiva propiedad; para brindarle el gusto y hacerle cortesías; para convertirse en el representante comun de los intereses particulares, y velar por ellos. Y ¡ay de él, si no trata de aparecer investido con ese carácter amable y servicial que todos le exigen!

* * *

Entra Doña Dorotea. Viene por su *expediente*. Si fuese bella diríamos que era como un sol, que levantándose frente á la *Mesa de Entradas* apareciese diaria é infaltablemente á las 12. Pero Doña Dorotea es fea y vieja; quizás sea un sol en ocaso.

—¿Está despachado?—es su pregunta habitual. Si está, bueno: ruina la paz en el alma de Doña Dorotea.

Si no está, desencadena las tempestades; su cabeza parece convertirse en la cabeza de Medusa, coronada de serpientes como la Hidra de Lerna; su lengua, moviéndose con mas rapidez que una banderola azotada por los vientos, es un laboratorio de improperios, en los que cae envuelto el mundo entero, desde S. E. hasta el portero.

—¡Para eso les pagan! Los pobres son los que sufren. ¡Qué escándalo! ¡Vaya uno á creer en el Gobierno!.....

* * *

Y esto pasa cuando no es peor; cuando no entra en juego la *familia*, y le sacan á la arena al padre, á la madre, á los abuelos, y hasta á los que no lo son, para ponerles banderillas.

A veces se presenta á la oficina la antítesis de Doña Dorotea. Es por lo general una señora bajita, delgada, ojos que aún conservan algo de la viveza de la juventud, llena de cumplimientos, y que con razon, no del todo sin fundamento, cree sacar mas partido con la palma de la mano que el que sacaria con las uñas.

En su vida se ha visto con el *empleado*, pero, usando su diplomacia, le dice cariñosamente:

—He conocido muchísimo á su mamá de vd. Era muy amiga mía. Juntas hemos ido á la escuela. Éramos vecinas y nos queríamos mucho. ¿Cómo se llama vd?

—El mismo! Carlitos. ¡Si es el retrato del padre en persona!...

Entonces cae la pregunta sacramental:

—Un expedientito mio.... ¿estará despachado?

ÉCOS DE LA SEMANA

DOS DISCURSOS

Hacer una crónica de la recepcion hecha á De Amicis en Buenos Aires, sería largo é inútil por añadidura, pues ese ha sido en los dias pasados el tema del dia para todos los diarios de Buenos Aires.

Sin embargo, no podemos menos que reproducir á continuacion el discurso pronunciado por Ed. de Amicis desde los balcones del Hotel de la Paz, y el brindis del Dr. Lucio V. Lopez en el Prado de Montevideo.

Son dos joyas literarias. Hélas aquí:

Discurso de De Amicis

«Os doy las gracias. Mucha es mi confusion: la conmocion me oprime: apenas tengo tanto conocimiento de mí como para discernir que lo que veo es realidad y no una ilusion insensata de mi orgullo. No acepto para mi vuestra manifestacion. Vosotros me recibis así porque veis en mí frente la sonrisa lejana de la Italia que os recuerda y ama y porque sabeis que he venido aquí con el corazon lleno de augurios y de saludos.

No importa: el espectáculo que se ofrece á mi vista esta mañana, quedará impreso en mi memoria, como vision gloriosa, hasta la muerte, y brillará como rayo de sol al través de todas las desventuras y de todos los dolores inevitables de la vida. La cumbre mas alta de mi ambicion será esta, de ahora en adelante: hacerme digno de la recepcion obtenida en las riberas del Plata.

Y como esta recepcion tiene para mí el significado de un *privilegio* á mi patria, yo respondo con un *privilegio* á la República Argentina, á la grande y hospitalaria Buenos Aires, llena de vida, de gloria y de porvenir, á la cual pido el alto honor de ser considerado por algun tiempo, como el último de sus hijos.

No todos pueden oír mi palabra: ruego á vosotros que me escuchais, lleveis mis saludos á los que están léjos; lleveis un apretón de ambas manos á vuestros amigos, un saludo reverente á vuestras esposas, un beso en la frente á vuestros niños, y decidles que se los envío de lo mas profundo de mi

de todas las gotas de mi sangre, y que la alegría que siento es tan grande, que es casi un dolor.

Doy las gracias á todos, sea cual fuere su país, y especialmente á mis huéspedes, los argentinos, y á los italianos, mis hermanos.

Los reuno, juntando las banderas de ambos pueblos y besándolas con mi mayor entusiasmo, con un amor tan inmenso como el mar que nos separa y como el pensamiento que nos une.

Discurso del Dr. Lucio V. Lopez

No pensaba tomar la palabra porque despues de los brindis que he oído, la lengua que hablo y el espíritu que me alienta, no podrian producir nada digno de las expansiones de elocuencia que han comunicado sus corrientes entre todos y cada uno de los corazones que palpitan en esta fiesta. Pero el saludo especial que me ha dirigido en nombre vuestro el Sr. Cónsul de Italia y á que os habeis asociado, me obliga á quebrantar mi resolucion.

No brindaré por Edmondo de Amicis;—mi brindis por él seria supérfluo. El me ha llamado su hermano y cualquiera que sea su gloria, el amor fraternal limitaria la naturaleza del elogio. Por otra parte, yo ya le he hecho mi brindis al través del Océano, invitándolo á pasarlo para estrecharle la mano. (*Se la estrecha*). Yo quiero señores brindar por la Italia, por esa constelacion terrena, por ese único pedazo del cielo sobre la tierra, que tiene planetas como Turin, cuyo intenso resplandor lo asemeja á Marte, por Venecia, la poética Venus de esa tierra celeste, por Roma, su sol, el centro que ha ligado al fin ese grupo de astros dispersos, en el cual puede señalarse hasta el curso de los cometas en el espléndido y fulgurante penacho del Vesuvio. Señores, por Italia!

LOS «BISTEQUES» NO SE DUERMEN

Refiere un diario de Lóndres que han llegado allí los representantes de un grupo de lectores norte-americanos, con el único objeto de telegrafiar á Nueva-York una nueva obra de la reina Victoria.

Se calcula que en la trasmision se invertirán 24 horas, y que 12 horas despues el volumen circulará impreso en los Estados Unidos.

Hace corto tiempo que bastóle á los yankees un dia para telegrafiar, traducir, imprimir y encuadernar el escandaloso libro contra Sarah Bernhardt, publicado en París.

SALVADOR FARINA, ENFERMO

Salvador Farina, el distinguido novelista italiano se halla gravemente enfermo en Milan.

Su enfermedad se ha desarrollado de pronto con una amenaza terrible; parece que fuera el resultado de un trabajo escésivo. De algun tiempo á esta parte, el escritor se habia sometido á un trabajo sin ejemplo, durante muchas horas del dia.

Quizás experimentaba la exaltacion del trabajo que sienten los escritores despues de una gran emocion.

Cuando comenzó, Salvatore Farina no encontró obstáculos, no tuvo sino aplausos, cada nuevo romance, cada novela, obtenian un éxito clamoroso; las criticos lo parangonaban á Dickens, los editores lo buscaban, el público le demostraba del mejor modo su agradecimiento.

Y él, en la modestia que le es natural, acogia aquel triunfo como una palabra de aliento, como un estímulo para continuar; y, tranquilamente, sin fatiga, de vez en cuando, tenia pronto un romance, una novela, un boceto, que merecia siempre la misma acogida.

De pronto, la paz del sereno escritor fué turbada; algunos jóvenes, en nombre de otras teorías, de otros ideales, le dirijieron censuras acerbadas.

El, por algun tiempo, pareció perder la fecundidad: lo habia herido de improviso uno de esos golpes penosos que todos experimentan, y de los que, á pesar de todo, los fuertes se reaniman, con un ímpetu glorioso, con un arrojo que se siente entonces á un solo impulso, despues de largos años de cansancio é inercia.

El momento de la revancha habia llegado para Salvatore Farina, y hacia algun tiempo que se habia puesto á trabajar con un entusiasmo, con una pertinacia, que jamás habia experimentado. Pero, ese exceso de trabajo le ha sentado mal, esa fiebre de produccion le ha ocasionado otra mas grave, mas peligrosa, que hace dudar de su vida. Triste fatalidad del arte, que quebranta, y algunas veces mata, al que le ama con el mas ardiente, con el mas alto amor!

Inútil es decir que todos esperamos tener hoy ó mañana este telegrama:—«Farina restablecido. Al fin del mes aparecerá un volumen suyo.»

UN FENÓMENO.

Hemos recibido ayer, dice un diario de París, la visita de un fenómeno particularmente notable: un hombre con la cabeza de ternero.

Se llama Eugenio Boudon, y tiene 24 años de edad. Nacido en Tonrauville (Manche) trabajaba allí hasta hace poco, sirviendo de peon de albañil.

Es muy inteligente, y sin embargo, no sabe leer ni escribir; no le fué posible á su familia hacerlo admitir en cualquier colegio, pues los demás muchachos lo maltrataban á causa de su extraño aspecto. No ha podido vivir sino del trabajo material, y aún así con muchas dificultades.

El pobre muchacho ha sido un verdadero pária.

De talla mediana, su cuerpo es bien proporcionado; la monstruosidad está en la forma de la cabeza. Desde el nacimiento de la nariz, pasando por las orejas hasta el cuello, esa parte de la cabeza es la de un ternero. La piel es natural pero de un rojo-sangre.

Boudon esplica él mismo esta singularidad de la naturaleza.

Sus padres eran vaqueros. Un dia, en ausencia de su padre, su madre, que se encontraba en cinta, quiso matar un ternero. —La sangre le saltó al rostro. La impresion que recibió la madre es, segun dice Boudon, lo que le hace venir al mundo tal como es.

Parece que el fenómeno será exhibido dentro de poco, en un teatro ó café concierto, y atraerá ciertamente gran número de curiosos. Se habla tambien de hacerle cantar.

Será una cosa extraña ver salir de esa boca monstruosa los melancólicos acentos de un romance de amor.

ENTRETENIMIENTOS LITERARIOS

Hemos recibido en la Direccion de este periódico un artículo de critica literaria, bajo el título que sirve de encabezamiento á estas líneas.

Se ocupa del libro que acaba de dar á publicidad la señorita Raymunda Torres y Quiroga, encubriendo su nombre bajo el pseudónimo de Matilde Elena Wili.

Por falta de espacio, nos vemos obligados á suspenderlo hasta la aparicion del próximo número. Pedimos disculpa á su autor.

ESCUELA NORMAL DE MAESTRAS

Por falta de espacio, suspendemos hoy un tercer artículo sobre la Escuela Normal de Maestras. Irá en el próximo número.

SUMARIO

El Album del Hogar lleva hoy los siguientes materiales:

Manifestaciones populares.—Suelos.—Un velorio en Barracas.—Nocturno, poesía, por Gaspar.—Sueño y realidad, por Guillermo Pepe.—En el torrente, poesía, de De Amicis.—Arco-iris.—Un amor transitorio, (conclusion), por J. A. Donoso.—La mesa de entradas.—Ecos de la semana.